

AMÉRICA LATINA Y SUS DESAFÍOS

FELIPE HERRERA LANE



FORO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES
VALPARAISO
CHILE

PRESENTACIÓN

Es un honor presentar el sexto *Cuaderno del Foro Valparaíso* “América Latina y sus desafíos”. Ello, por cuanto proviene de un análisis de la visión e ideas del primer presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Sr. Felipe Herrera, chileno que fue denominado “militante de la integración”, y a quien se le atribuye la formulación del *corpus teórico globalizante*, que vincula las necesidades materiales latinoamericanas con una solución global, unitaria para este continente.

Esta invitación resulta aún más propicia, porque el Banco ha manifestado su interés en participar activamente en el Foro Valparaíso, cuyas actividades en conjunto con aquellas que ya desarrolla nuestra institución a través del Programa de Recuperación y Desarrollo de Valparaíso, nos permitirá contribuir al desarrollo de esta zona.

La visión del primer presidente del BID se encuentra absolutamente vigente. En efecto, la globalización no tiene que contemplar sólo aspectos de la economía y la forma de hacer negocios, sino que debe ser una invitación a abrir espacios de intelectualidad y cultura, a generar un escenario común donde se construyan las respuestas a los desafíos de América Latina, desde una perspectiva social. A eso justamente llamaba Felipe Herrera integración.

El nuevo contexto mundial, la globalización de los mercados y el efecto inevitable que genera en todos los países esta nueva forma en que funciona el mundo,

hace muy pertinente el resurgimiento de su idea de integración, a la luz de los problemas que aún no soluciona América Latina. Temas como la modernización de sus instituciones y el progreso de sus pueblos, sin perder de vista el desarrollo de la identidad, cobran mayor fuerza, aún después de transcurridos 26 años desde la publicación de su libro.

Koldo Echebarría
Representante del BID en Chile

PRÓLOGO

En su excelente libro *Felipe Herrera. Idealista y Realizador* (Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1997), Luciano Tomassini nos recuerda que aquel inolvidable servidor público chileno y latinoamericano nació en el cerro Cordillera de Valparaíso, el año 1922, en una casa contigua a la que fue de Lord Cochrane, cedida a sus padres por Juana Ross de Edwards, realizando más tarde sus estudios en el Colegio Alemán de la región. Los ingresos de su padre eran los de un oficial de marina y Felipe Herrera, lo mismo que su hermana menor, Beatriz, creció en un ambiente culto, pero austero. Ya retirado de la marina, su padre lo estimuló a leer obras tanto de historia como de política, muchas de las cuales se encontraban en su propia biblioteca. Después de completar sus estudios secundarios en la Escuela Militar, el joven Felipe Herrera optó por una formación universitaria, ingresando para ello, en 1940, a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. De sus años en la universidad, Felipe Herrera escribió que “fue para mí un desafío entrar a un ambiente de jóvenes inquietos, provenientes de familias de niveles económicos muy distintos dentro del espectro de la clase media chilena, y con una base cultural bastante más amplia y diversificada que la mía”.

Así empezó su vida y su educación quien, entre otras funciones públicas relevantes, cumplidas tanto dentro como fuera de Chile, iba a desempeñarse como primer presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, y a quien correspondió

también una participación tan activa como perseverante en los trabajos preparatorios, reuniones internacionales y negociaciones que condujeron a la instalación de dicha institución.

Una institución que casi medio siglo más tarde iba a apoyar con gran decisión el plan de recuperación urbana y patrimonial de Valparaíso, actualmente en curso, luego de que los barrios históricos de la ciudad fueran inscritos en la lista del patrimonio cultural de la humanidad. Un reconocimiento que el Comité del Patrimonio Mundial de UNESCO fundó en el criterio de que “Valparaíso es un testimonio excepcional de la fase temprana de globalización de avanzada en el siglo XIX, cuando se convirtió en el puerto comercial líder de las rutas navieras de la costa del Pacífico en Sudamérica”.

Por su parte, el Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso, llamado también “Foro Valparaíso”, corporación privada sin fines de lucro fundada en julio de 2003, tiene por objetivo principal la promoción y difusión de estudios sociales interdisciplinarios que analicen y contrasten, de manera crítica, ideas y propuestas acerca de la evolución de la sociedad chilena y de su inserción en las nuevas realidades que han derivado de la globalización y otros procesos de similar importancia.

Una de las principales actividades del Foro Valparaíso es la publicación periódica de los así llamados *Cuadernos del Foro Valparaíso*, una colección en la que han aparecido textos de Manuel Castells, David Held, Anthony Giddens, Raúl Allard y Gøsta Esping-Andersen. Un momento especialmente importante en la aun breve historia de la institución, estuvo constituida por la visita que en 2004 efectuó a Valparaíso el escritor mexicano Carlos Fuentes, invitado por el Foro. En la ocasión, y ante un público cercano a las 1.000 personas, preferentemente estudiantes, Fuentes se explayó acerca de lo que tituló “Una Agenda Latinoamericana”, respondiendo luego las preguntas y observaciones de quienes repletaron el gimnasio de la Pontificia Universidad Católica del puerto.

Es en el marco de los antecedentes expuestos que el Foro Valparaíso decidió dedicar uno de sus *Cuadernos* de 2007 a reproducir ideas que Felipe Herrera, siendo presidente del Fondo Internacional Para la Promoción de la Cultura de UNESCO,

difundió en su libro *El Escenario Latinoamericano y El Desafío Cultural*, de 1981. El texto seleccionado para este *Cuaderno* está constituido por dos capítulos de dicho libro, titulados “América Latina y sus desafíos” y “Reflexiones culturales latinoamericanas”, y su publicación casi tres décadas después obedece a un deber de gratitud y a un imperativo de reconocimiento con la figura de Felipe Herrera a nivel continental. Pero esta reedición responde también a que todavía podemos aprender buenas lecciones de la mirada que el autor dio en el texto que aquí se publica al pasado, a la actualidad del momento y, sobre todo, a las nuevas fronteras que se abrían para América Latina.

Precisamente, el primero de aquellos capítulos, cuyo título es también el del presente *Cuaderno*, preguntándose acerca de los desafíos del continente, se encuentra dividido en las siguientes tres partes: El Pasado, la Problemática Actual, y Nuevas Fronteras. Y concerniente al segundo capítulo, el autor se refiere en él a la identidad latinoamericana y a la modernización y progreso del continente.

Nadie puede negar el tiempo transcurrido y, sobre todo, los cambios que a nivel planetario y continental se han producido en los últimos 25 años, pero las ideas de Felipe Herrera sobre los asuntos antes mencionados conservan una indiscutible pertinencia y vigor. Si, como cualquier otro ensayista de su época, Herrera hubiera podido escribir hoy acerca de esos mismos tópicos, por cierto que sus apreciaciones no habrían sido exactamente las mismas. Así, por ejemplo, se puede discutir la idea más bien fuerte que Herrera tuvo de la identidad latinoamericana, pero, a la vez, nadie vacilaría a la hora de suscribir su llamado a tener y mantener un diálogo cultural entre las naciones del continente.

Y cómo no destacar también, aunque hayan sido expresadas en otro de sus textos, las ideas que Felipe Herrera tuvo en materia de políticas culturales e institucionalidad cultural pública, sobre todo si se tienen en cuenta los recientes pasos que Chile ha dado sobre el particular, los cuales culminaron, en 2003, con la instalación de un Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, cuya sede nacional se encuentra en Valparaíso, y con una Política Cultural vigente para el período 2005-2010 que fue acordada al interior de dicho Consejo por el Directorio de éste.

Ya en 1981, Felipe Herrera celebraba “la vitalidad que empezaban a adquirir las políticas culturales nacionales en todos los países del mundo” y destacaba también cómo tales políticas buscaban “una institucionalización que incida con efectividad en el campo del financiamiento de la cultura”.

El Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso se enorgullece al dedicar uno de sus *Cuadernos* a la difusión de las ideas de un hombre que, a la par idealista y realizador, como certifica el título del mencionado libro de Tomassini, supo ser tanto un hombre de pensamiento como uno de acción.

Agustín Squella

Presidente

Foro de Altos Estudios Sociales Valparaíso

AMÉRICA LATINA Y SUS DESAFÍOS

EL PASADO

Hablar de los desafíos de América Latina parece casi como un pleonasma. Si hay un continente que por su propia historia y por definición está constituido en un esquema de desafío, esa es nuestra América Latina. Basta mirar la historia.

Pensemos, en primer término, en nuestras grandes civilizaciones precolombinas, que hoy en día cada vez más los historiadores, los antropólogos, los ecólogos, los arqueólogos, están revalorizando. Vemos cómo esos grandes conglomerados humanos fueron capaces de responder a procesos de convivencia humana y particularmente a la relación del hombre con el medio natural en términos tal vez desconocidos en otras sociedades. Hechos posteriores de la historia, lamentablemente significaron a menudo una destrucción y, en el mejor de los casos, una absorción de esas culturas. Sin embargo, sus huellas están allí presentes, como una demostración de que en nuestro continente el hombre precolombino tuvo una capacidad de respuesta en términos cosmotelúricos, usando el concepto de Keyserling, en relación no sólo con su medio ambiente, sino también en su compenetración de lo material con lo espiritual.

En segundo lugar, enfrentamos un desafío que estamos viviendo nosotros como testimonios directos de la presencia ibérica en América Latina. Y hablamos de presencia ibérica porque habiendo conocido lo que es España, lo que es Portugal, y vivido lo que es nuestro propio continente, es cuestionable hablar de un proceso de colonización. No fuimos realmente colonias en el sentido convencional de la

palabra. Fuimos parte de un Imperio, parte de una Comunidad. Una clara expresión de ello fueron algunas circunstancias históricas de las relaciones de Portugal con Brasil. Cuando el rey de Portugal, Joao VI, es amenazado por Napoleón, toma el barco, con su familia y su corte, para instalarse en Brasil, que es parte de su territorio. Y cuando vuelven las circunstancias políticas favorables, regresa a su país, y son su hijo y su nieto quienes después se transforman en emperadores del Brasil, en términos orgánicos, como parte de un sistema.

En el caso hispanoamericano la realidad es, por cierto, diversa. Sin embargo, hay también un proceso extraordinario en la forma en que pocos miles de hombres son capaces de proyectar su cultura, su religión y sus instituciones, creando con su presencia, un “habitat” de características tan propias en el nuevo continente.

Generalmente se acentúa que los íberos que llegaron a nuestras tierras se mezclaron fácilmente con las indígenas, creando así el mestizaje. No obstante, nos olvidamos que España y Portugal eran y siguen siendo los pueblos más mestizos del mundo. Ahí está su pueblo celtíbero, ahí está la presencia griega, fenicia, cartaginesa, romana, visigoda, judía y árabe. Obviamente, para este mestizo que salió de la península, fue fácil continuar mezclándose con nuevas corrientes humanas. Señalamos este hecho porque, a nuestro entender, es ésta una de las grandes fuerzas dinámicas de América Latina del momento de hoy, y, particularmente, del mundo del mañana. No olvidemos que la gran tarea de la civilización planetaria está en la lucha permanente para superar las diferencias y prejuicios raciales, como prerrequisito para alcanzar la igualdad de los pueblos en las diversas regiones del mundo.

Después de dar respuesta durante tres siglos a todo este desafío geográfico, cultural y humano, América Latina debe enfrentar un tercer reto: el de su independencia. Se dan las circunstancias –y hemos hecho ya referencia a lo ocurrido en Brasil– de que en el caso hispanoamericano la gesta se realice a través de una guerra civil contra la metrópoli. Sin embargo, debemos tener presente que esta respuesta bélica tiene un desenlace orgánico gracias a la infraestructura institucional establecida por España, que fue fundamental, a través de sus municipios o cabildos, en el logro y organización de nuestra propia autonomía. Desgraciadamente, la mantención integral de la estructura básica creada por España, por razones

geográficas, por el individualismo propio del hispanoamericano y por muchas circunstancias que sería largo de analizar, no pudo mantenerse como la base de una América Latina unificada, desviándonos así del camino que nos señalaba la antorcha de Bolívar.

Y día a día, cada vez más, el mensaje de Bolívar acentúa su profundo realismo de carácter político. Recordemos sus palabras al invitar al Congreso de Panamá, en que expresa sus dudas acerca de las reacciones que iba a encontrar en todo ese conglomerado hispanoamericano: “Si Vuestra Excelencia no digna adherir a él (o sea al Congreso), preveo retardos y perjuicios inmensos a tiempo que el movimiento del mundo acelera todo, pudiendo acelerarlo en nuestro daño”. Es decir, Bolívar tenía, ya a principios del siglo XIX, una profunda intuición del proceso de aceleración de la historia y de la necesidad de un continente unido y cohesionado para cumplir con nuestro rol en el mundo. Por eso sintió, al final de su vida, haber estado “arando en el mar”.

¿Qué acontece, realizada la independencia, en el curso del siglo XIX? Las provincias hispanoamericanas se organizan nacionalmente, es decir, se impone entre nosotros el concepto de Estado-Nación. Nuestros líderes, como muy bien lo recuerda Germán Arciniegas, no miran hacia la formación de unos nuevos “Estados Unidos”, a pesar del gran impacto que les produjo la independencia de esa gran nación, sino que vuelven su mirada hacia Europa, al iniciar su vida independiente. Es decir, su modelo no es la Constitución de los Estados Unidos, base de la gran comunidad económico-política que hará la grandeza de ese país, sino la Europa de entonces, en que se consolidan los nacionalismos, creándose nuevos Estados-naciones como fue el caso de la unificación de Italia y de Alemania. Estos nuevos procesos, sin embargo, se proyectan en forma muy frágil en América Latina. La formación de naciones en Europa se hace en base a diferencias culturales e históricas de raíces muy profundas. En nuestra América Latina, nuestros antepasados, en cambio, debieron realizar un inmenso esfuerzo para organizar sus “provincias” en “Estados-naciones”. Y las consecuencias de esta diferenciación inicial precaria las vemos en la actualidad, en que nuestros valores nacionales se inculcan a menudo en términos artificiales, y tienen como resultado disputas fronterizas que llegan a convertirse en conflictos bélicos, acentuando así el odio y la agresividad

entre nuestros pueblos. Y como bien decía Darwin, la lucha entre especies es más odiosa, cuanto mayor sea la pequeñez y cercanía de las mismas.

El hombre que en nuestros días hace la gran denuncia de este proceso de “provincialismo” transformado en “nacionalismo” es Víctor Haya de la Torre. Desgraciadamente, su mensaje no pudo canalizarse en forma sistemática por las distintas circunstancias de la inmadurez histórico-política que todos conocemos. Sin embargo, su fallecimiento lo ha transformado en un gran símbolo temático latinoamericano. Él captó, en la década de 1920 y 1930, que en América Latina existían las condiciones para un multinacionalismo, para un entendimiento político. Este concepto, que ya tuvo en el siglo XIX precursores como Alberdi, Sarmiento, José Cecilio Valle y tantas otras figuras señeras de nuestro continente, fue plasmado por Haya de la Torre como una bandera de carácter político. Desgraciadamente, su mensaje no tuvo un reflejo en forma directa e inmediata y su trayectoria personal debió terminar en un escenario estrictamente nacional.

PROBLEMÁTICA ACTUAL

- *El Subdesarrollo*

Desde la Conferencia de San Francisco, en 1945, se comienza a definir lo que es la economía de los países en vías de desarrollo, reconociendo, al mismo tiempo, la necesidad de la cooperación internacional para ayudar a la maduración de los países nuevos. En nuestro continente, corresponde a la CEPAL, en los años cincuenta, a través de la inspiración de Raúl Prebisch, hacer un claro y profundo diagnóstico, definiendo ideológica y temáticamente la problemática común a nuestros países.

Es indudable que, a partir de la segunda posguerra, se inicia una etapa de afirmación nacional en los diversos escenarios de las fronteras hemisféricas. América Latina, individual y colectivamente, por lo que indican las estadísticas, crece en términos cuantitativos y cualitativos a un ritmo desconocido en comparación con otros periodos de su historia. Este crecimiento corresponde efectivamente a un proceso de “modernización global”.

En el curso de la última generación el producto regional bruto se cuadruplica,

frente a una población que se dobla, lo que significa que el ingreso per cápita del hombre medio latinoamericano aumenta en un ciento por ciento. En efecto, el producto interno bruto total de la región (en dólares 1976) aumentó de US\$ 129.000 millones, en 1960, a alrededor de US\$ 340.000 millones, en 1977, lo que representa una tasa de crecimiento anual acumulativa del 6,1%. El producto per cápita en la región actualmente equivale a US\$ 1.100 por habitante, comparado con un promedio de US\$ 450 para el resto de los países del denominado “Tercer Mundo”.

Según datos de la Comisión Económica para América Latina, la capacidad productiva de nuestros países se ha incrementado en nueve veces, lo que también repercute profundamente en nuestra economía externa. En 1978, el producto bruto de Latinoamérica, excluyendo el Ecuador y Venezuela, miembros de la OPEP, representa el 26% del producto total de los países en desarrollo, hecho que señala el importante peso relativo de la región en la economía mundial. Asimismo, a partir de 1965, los países de América Latina han venido realizando un persistente esfuerzo para aprovechar mejor el mercado externo en su conjunto. Actualmente son los productos industriales los que constituyen un 20% de las exportaciones totales, en contraste con la década de 1960 en que representaban menos del 10%. América Latina ha aprendido así a exportar “productos no tradicionales” y a acceder a nuevos mercados.

Es frecuente recoger críticas acerca de la política de “sustitución de importaciones” que predominara en el período al cual nos estamos refiriendo. A nuestro entender, los datos mencionados la han justificado ampliamente, aun cuando muchos de nuestros países están en condiciones de reemplazarla actualmente por una inserción más dinámica en la economía internacional. Recordemos que hacia 1950 sólo el 40% de los requerimientos del consumo de las sociedades latinoamericanas eran atendidos por las producciones locales, proporción que en 1974 había alcanzado un 75%. Cabe así preguntarse: ¿hasta qué punto América Latina habría estado en condiciones de abastecer esa demanda y de desarrollar un activo comercio de exportación, si no hubiera pasado previamente por una etapa que le permitiera la consolidación y ampliación de la producción industrial interna, una mayor diversificación de sus economías, un mayor desarrollo tecnológico, una

formación más intensificada de sus recursos humanos y la creación y perfeccionamiento de las instituciones necesarias para promover un decisivo proceso de modernización económico-social?

Estos antecedentes explican por qué nuestros países, en la década de 1960, superan la tasa de crecimiento del 5% anual, objetivo de las Naciones Unidas para el Tercer Mundo en ese período, y por qué en el curso de los años setenta no sólo se superan esas cifras sino que también se ha estado en condiciones básicas de enfrentar las crisis energética y financiera que han caracterizado mundialmente a este decenio.

- Los Desequilibrios

Sin embargo, esta maduración económica lleva implícito otro desafío, aún sin respuesta en nuestro continente, y que se refiere a los desequilibrios del desarrollo. Porque recordar las cifras anteriores sin presentar la otra cara de la medalla, cual es la profunda diferencia entre los niveles de las tasas de crecimiento de nuestros países y el desajuste entre nuestras diversas categorías económicas y sociales, sería desconocer uno de los problemas más graves del continente. El cuadro de nuestro desarrollo sería falso e incompleto si no tenemos presente nuestros problemas de empleo, con una población eminentemente joven, la crisis del “habitat”, es decir, de los asentamientos humanos, por la enorme concentración de población que se ha producido en las grandes ciudades y la injusta distribución de los ingresos nacionales. En efecto, es un hecho que en la mayoría de los países latinoamericanos el ingreso está distribuido con mayor desigualdad que en la mayor parte del resto del mundo. Según un cálculo basado en datos de 11 países para los años comprendidos entre 1967 y 1970, el 20% con ingresos más bajos percibió 2,5% del ingreso personal, mientras el 5% de la población con ingresos más altos recibe el 30%. El desajuste social en cuanto a la distribución del ingreso se ha agravado por las características del desempleo latinoamericano. Si comparamos, en este aspecto, las principales regiones geográficas del mundo, América Latina, en este momento, está experimentando la más alta tasa de crecimiento de su fuerza laboral, hecho que se traduce en el desempleo y subempleo de la economía en su conjunto.

Haciendo uso del concepto de “subutilización de mano de obra total” elabo-

rado por la OIT, la subutilización en los países latinoamericanos parece variar actualmente entre 13 y 32% de la mano de obra, dependiendo del país y sector. Tales cifras implican que una proporción significativa de la población de la región carece de una actividad productiva que proporcione un ingreso mínimo y, por lo tanto, forma un segmento de la sociedad condenada a la pobreza.

Como es sabido, la “pobreza absoluta” constituye un problema mundial enfrentado por todas las áreas del mundo en vías de desarrollo. Según datos del Banco Mundial referente al año 1976, aproximadamente ochocientos millones de personas siguen viviendo en esas condiciones. En nuestra región se ha estimado que existen casi treinta millones de personas, es decir, cerca del 10% de la población total, cuyos ingresos son inferiores a US\$ 75 per cápita al año. Tal cifra, en relación con las otras regiones en vías de desarrollo, muestra por qué América Latina se sitúa entre los países de ingresos medios, ya que un 48% de la población del África al sur del Sahara, y un 41% de la población al sur de Asia, están en la categoría de la “pobreza absoluta”.

Los procesos sociales mencionados se agudizan por la explosión demográfica ocurrida en América Latina en el curso de los últimos decenios, cuyas proyecciones son uno de los factores más determinantes de nuestra realidad futura. Tengamos presente que la tasa media anual de crecimiento de la población latinoamericana ha sido del 2,8%, entre 1960 y 1977, frente a una tasa mundial del 2,4% y del 1% mantenida por los países industrializados.

En la década de 1960 se ponía un gran énfasis en la acción pública internacional y nacional en torno al concepto de “desarrollo equilibrado”. Por cierto que esta concepción era concomitante con una visión que tendía a una “planificación” del progreso económico y social, con claras connotaciones de prioridades y con el intento, a través del sector público, de corregir los desajustes que el crecimiento podía traer consigo. Si observamos la actual realidad latinoamericana, podemos constatar que este enfoque no ha prevalecido, lo que está haciendo cuestionar por parte de importantes grupos, particularmente en la juventud, el verdadero significado del desarrollo económico. Es en este medio donde surgen con más intensidad las ya citadas preguntas: ¿desarrollo para qué? y ¿desarrollo para quiénes?

- *La Identidad Cultural*

Estas preguntas nos llevan a un punto esencial, vinculado con nuestros desequilibrios sociales y medioambientales, y que se refiere a nuestra situación cultural. No podríamos entender qué es nuestra actual América Latina y, especialmente, cuál será la América Latina del futuro, si no tomamos en cuenta su escenario cultural.

En la década de 1960 nos correspondió participar en un grupo de hombres cuya preocupación esencial fue diagnosticar y detectar los puntos más débiles del subdesarrollo económico y social de América Latina para tratar de colocar a disposición de nuestros países los indispensables recursos económicos y técnicos. Hoy en día, ese mismo grupo, ampliado y proyectado en una nueva generación, tiene un concepto, si bien no totalmente diverso, claramente más elaborado frente a lo que fueron las aspiraciones latinoamericanas de los años sesenta. Y ello no se debió sólo a un cambio de generación, sino a las nuevas circunstancias, históricas, creadas en gran parte por el propio proceso de desarrollo que se desencadenara en América Latina hace veinte años.

No creo que estemos tratando de redescubrir valores o conceptos olvidados, sino que más bien el devenir dialéctico propio de fuerzas económicas, sociales, políticas y culturales, que está planteando hoy día en América Latina la vigencia o la trascendencia de nuestros problemas en forma muy distinta que hace veinte años. Pensamos que lo que ha sucedido entre nosotros, es que, tal como en el resto del Tercer Mundo, hemos sido actores y testigos de una puesta en marcha de nuevas fuerzas económicas y sociales, genéricamente identificadas con un nuevo concepto del desarrollo. A nuestro entender, si efectivamente existe una América Latina, se debe no sólo a que estemos comerciando más, transfiriendo entre nosotros más tecnología, o porque hayamos sido capaces de institucionalizar, en cierta medida, el proceso de integración, sino porque lo anterior se ha logrado en función de fundamentos culturales comunes. Es así interesante destacar cómo en cierta forma hemos vuelto a replantear nuestra realidad cultural como la gran fuerza dinámica de nuestra unidad regional.

Somos de los convencidos de que la opinión pública latinoamericana, al entrar en la década de 1980, deberá alejarse de una adhesión ciega al “economicismo” como “viga maestra” de lo que debe ser un adecuado proceso de desarrollo. Es por

esa misma circunstancia que hoy en día en nuestros países deberían tener vigencia los debates y análisis de nuestro futuro económico y social que consideraran otros factores que son concomitantes y prerequisites de dicho desarrollo, lo que influye grandemente en nuestro proceso hacia una América Latina integrada.

Compartimos plenamente lo dicho en el informe Leontieff: “los principales límites a un orden económico sostenido y a un desarrollo acelerado son de orden político, social e institucional, mucho más que de carácter físico. No existen barreras físicas insuperables en el siglo XX para acelerar el desarrollo de las regiones atrasadas del mundo”. En la parte final de dicho informe se concluye que “para acelerar el desarrollo global son necesarias dos condiciones: en primer término son indispensables cambios ambiciosos de carácter social, político e institucional en los países del Tercer Mundo y en segundo lugar, se necesitan cambios profundos en el actual orden económico mundial. El desarrollo acelerado que lleve a una reducción sustantiva de las diferencias entre los países desarrollados y en vías de desarrollo, sólo puede ser alcanzado mediante esta combinación de factores. Por cierto que cada uno de ellos, separadamente, es insuficiente y debemos en todo momento coordinarlos”¹.

- *El Habitat*

El desarrollo de América Latina, en esta última generación, no se entendería sin analizar las tendencias y características de su proceso de *urbanización*. En nuestro continente, tal como en los países desarrollados, se ha hecho tangible una notoria disminución de la población rural y un aumento sustantivo de la urbana. Las cifras conocidas indican que la proporción de personas que viven en las zonas urbanas de nuestros países pasó del 25,6% 1950 al 32,9% en 1960 y a un 41,4% en 1970, reflejando un crecimiento de nuestras ciudades equivalente al doble del aumento demográfico, y con una notoria disminución en nuestras poblaciones rurales.

La alta tasa de la urbanización, tanto en Europa en el siglo XIX como en los países en vías de desarrollo, en la segunda mitad del siglo XX, depende fundamentalmente del crecimiento de la población: la gente rural tiene que moverse cuando la población empieza a crecer amenazando la finca familiar. Por cierto que lo anterior está muy influido por las propias características del desarrollo económico.

¹ Documento presentado a las Naciones Unidas en relación al Nuevo Orden Económico Internacional (1976).

La revolución industrial europea dio las posibilidades efectivas de empleo a las poblaciones rurales migrantes, lo que no ha sido la característica latinoamericana, donde tal como en otras partes del Tercer Mundo, los nuevos habitantes urbanos no encuentran el empleo adecuado. En los términos de Bárbara Ward, hemos estado masivamente en presencia de una urbanización “sin chimeneas”.

El proceso de urbanización es costoso, desde todo punto de vista. Desde luego, por la creación de nuevas actividades económicas, y en seguida, por el establecimiento de la necesaria infraestructura que haga posible una absorción razonable de los sectores que se desplazan hacia las ciudades, desde el punto de vista de la vivienda, del agua potable y del saneamiento, de la educación y del transporte. El problema del “habitat”, es uno de los grandes desafíos de la civilización contemporánea. Así lo ha entendido recientemente la comunidad internacional, que, con todo fundamento, lo asocia a las interrogantes actuales de la ecología y del medio ambiente. Aun cuando es efectivo que “más vale tarde que nunca”, la falta de conciencia nacional e internacional en torno a estos problemas hace más complejo alcanzar las soluciones adecuadas. Tengamos presente que ha sido sólo en 1972 (Estocolmo) y en 1976 (Vancouver) en que se efectúan los primeros encuentros internacionales para abordar esta problemática.

Tenemos así planteado uno de los grandes desafíos actuales y futuros de nuestro continente: la posibilidad de racionalizar el crecimiento urbano, desde sus diversas y complejas perspectivas. Ya no sólo se trata de una incorporación orgánica de los sectores rurales a las ciudades, sino que también de evitar una peligrosa dicotomía entre grupos “marginalizados” que no cuentan con las facilidades mínimas de vida en una ciudad moderna, y quienes están incorporados de lleno a la sociedad de consumo. Es esta dicotomía la que ha profundizado en nuestras nuevas “megalópolis” la criminalidad, el tráfico de drogas, los problemas de una infancia desvalida y el sistemático deterioro del ambiente que nos rodea por la polución en sus más variadas formas. Para la América Latina de la próxima década, la realidad de su urbanización, destinada a acentuarse, será un factor determinante.

- *La Integración*

No podemos completar este esquema de los desafíos contemporáneos si no mencionamos los factores de cohesión para América Latina que se han producido en el continente en su conjunto. Efectivamente, en los últimos veinte años hemos presenciado como nunca antes, un proceso de mayor afirmación regional, a pesar de las tensiones que se manifiestan entre varias de nuestras naciones. Nuestra regionalización debe medirse tanto en función de los importantes documentos jurídico-institucionales que surgen en la década de los sesenta, dando lugar a importantes esquemas de convivencia regional y subregional, como a la luz del incremento efectivo del intercambio comercial, de las relaciones financieras, de la complementación industrial, de la cooperación tecnológica y del intercambio de los recursos humanos entre nuestros países.

A título indicativo recordemos el Tratado General de Montevideo, que crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (1960)², el establecimiento del Banco Interamericano de Desarrollo (1960), el Tratado de Managua que da las bases para un Mercado Común Centroamericano (1960), el Acuerdo de Cartagena, que norma la integración subregional andina (1969), la Comunidad Económica del Caribe (1966), el Convenio de la Cuenca del Plata (1967), y el nuevo Pacto Amazónico. Tengamos presente también que los esquemas subregionales han estado acompañados por la gestación de organismos especiales de financiamiento (Banco Centroamericano de Integración Económica, Corporación Andina de Fomento, Banco de Desarrollo del Caribe y Fondo para el Desarrollo de la Cuenca del Plata). En el mismo escenario surgen los sistemas multilaterales de pagos, dedicados a la compensación de los países partícipes del comercio en el esquema de ALALC, del Mercado Común Centroamericano y de la Comunidad del Caribe. Al respecto, tengamos presente que nuestros Bancos Centrales han coadyuvado al comercio exterior mediante substantivos créditos recíprocos y que en el último período se ha puesto en marcha el “Fondo Común de Reservas”, entre los países del Pacto Andino, con recursos de US\$ 250 millones.

² En el momento actual, fines de 1980, el Convenio ALALC se reemplazará por sus 11 países miembros, por nuevas normas caracterizadas por su mayor flexibilidad, a través del denominado mecanismo de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI).

Nuestra experiencia, al poco tiempo de la fundación del BID, nos llevó a la conclusión que si deseábamos una América Latina financieramente cohesionada, no bastaba un organismo regional como el Banco Interamericano, sino que era

indispensable complementarlo con una especie de “Eximbank”, encargado de la promoción del comercio intrarregional y extracontinental, y también con un régimen monetario latinoamericano, cuyos fundamentos de unidad y coordinación llevarían progresivamente a la creación de una Banca Central Regional. Felizmente, la primera iniciativa ha fructificado en fecha reciente, gracias a la promoción de la idea por parte del Gobierno de Panamá. En esta forma, ya tenemos un Banco Latinoamericano de Exportaciones (BLADDEX), que ha comenzado sus actividades operativas, entidad constituida por entes financieros públicos y privados.

La instrumentalización de la integración durante el decenio de los años sesenta, tuvo el gran mérito de estimular las fuerzas potenciales que en América Latina podían conducir hacia una mayor cohesión. Es posible que algunos de esos instrumentos hayan sido más ambiciosos que lo que habría de permitir la realidad. Pero la historia ha sido siempre así: los grandes cambios y las grandes reformas sólo se han realizado en la medida en que sus gestores plantearon proposiciones que iban mucho más allá de lo que era viable lograr. Por eso, no caben vacilaciones ni dudas por no haberse podido cumplir en forma “mecánica” algunas de las metas que nos propusimos en un momento dado. Lo que interesa es que el proceso está en marcha, que no se ha detenido y que, pese a aparentes retrocesos, hay una inquietud permanente por corregirlo y dinamizarlo.

En el período reciente merece capítulo especial la creación del Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Firmado en noviembre de 1975, este convenio establece, por primera vez, un foro permanente multilateral latinoamericano, un instrumento de dinámica promoción para dar respuesta a iniciativas integracionistas de diversos alcances y contenido, y la posibilidad de contar con un órgano de expresión para nuestras naciones.

A veces, la variedad e intensidad de nuestros problemas inmediatos nos hace olvidar ciertos acontecimientos señeros en la ruta de la unidad latinoamericana. Así, en abril de 1967, por vez primera y única, los Jefes de Estado del Sistema Interamericano tuvieron un encuentro en Punta del Este cuya motivación esencial fue buscar las fórmulas para reforzar y dinamizar las iniciativas de integración que se venían ejecutando desde principios de la década. En dicha reunión se programó lograr hacia 1985 un Mercado Común Latinoamericano, se planteó la

necesidad de un escenario permanente de cooperación e intercambio científico y tecnológico y se convino en la prioridad de crear una infraestructura física que permitiera superar las tradicionales vallas geográficas de un vasto y físicamente complejo continente.

¿Qué evaluación podríamos efectuar hoy de los objetivos definidos en Punta del Este? Desgraciadamente, estamos aún lejos de las fórmulas que nos llevan al deseado “Mercado Común”; sin embargo, las corrientes de nuestro intercambio no han cesado de crecer, desde sus diversos ángulos. También en el campo de la integración científica, tecnológica, educativa y cultural, más allá de los acuerdos o esquemas oficiales, la convivencia efectiva se hace cada vez más manifiesta.

Muy importantes han sido, en todo este período, los resultados de una sistemática labor para el logro de nuestra integración física, por iniciativa de nuestros países, y de los órganos regionales y subregionales de financiamiento. En Punta del Este, en 1967, los Jefes de Estado declararon lo siguiente: “La integración económica de la América Latina exige un vigoroso y sostenido esfuerzo para completar y modernizar la infraestructura física de la región. Es necesario construir una red de comunicaciones terrestres y mejorar los sistemas de transporte de todo tipo para facilitar la circulación de personas y bienes a través del continente; establecer un sistema de comunicaciones adecuado y eficiente; instalar sistemas conexos de energía; desarrollar conjuntamente cuencas hidrográficas internacionales, regiones fronterizas y zonas económicas que comprendan al territorio de dos o más países. En todos estos campos, existen en la América Latina proyectos en distintas etapas de preparación o realización, pero en muchos casos hace falta la elaboración de estudios previos, los recursos financieros, o simplemente la coordinación de los esfuerzos y la decisión para llevarlos a cabo”. Estamos ciertos que si en la actualidad hubiera una nueva reunión de Jefes de Estado, sin perjuicio de subrayarse la importancia del proceso en referencia, la formulación de una Declaración acerca de la integración física habría que hacerla en términos distintos, frente al profundo avance de la interdependencia de las infraestructuras logradas en América Latina en estos últimos años, en forma de carreteras, de puertos, de energía hidroeléctrica, de red de telecomunicaciones, etc.

NUEVAS FRONTERAS

Miremos ahora hacia el futuro, considerando los antecedentes expuestos que son factores que gravitarán inevitablemente en las perspectivas de un continente hacia cuya integración aspiramos.

Creemos que América Latina está frente a tres grandes interrogantes, a saber: (i) ¿Seremos capaces de crear formas más equilibradas y auténticas para nuestros procesos de desarrollo?; (ii) ¿Seremos capaces de tener una visión más elaborada de nuestro pasado y de nuestro futuro para acentuar las fuerzas ya en marcha que expresan nuestra unidad, y para darle a esa tendencia la orientación y la forma más adecuada, en el contexto complejo de nuestras realidades nacionales y de nuestras relaciones internacionales?; y (iii) ¿Seremos capaces, hacia el futuro, de ser un “Centro de Poder”?

Henry Kissinger, con anterioridad a 1973, decía que él sólo visualizaba a los Estados Unidos, a la Unión Soviética, a una Europa Occidental Unida, a la China y al Japón como los núcleos decisivos del final del presente siglo. Es evidente que este grupo hoy en día debe completarse, con todas sus serias contradicciones internas, con un sexto centro: el mundo islámico. El gran desafío para América Latina es que, en el futuro próximo, pueda tener un significado y una gravitación trascendente a través de su unidad, ya que ninguna de nuestras naciones, por importantes que ellas individualmente hoy en día sean, puede por sí misma pretender una influencia decisiva en el contexto internacional.

Sin pretender efectuar pronósticos, en relación a nuestro futuro, nos permitimos sintetizar en los siguientes puntos lo que pudiéramos definir como “las nuevas fronteras latinoamericanas” para la década que se inicia.

Primero. América Latina tiene una extraordinaria reserva dinámica para su futuro histórico en dos factores que son en la actualidad decisivos para el futuro del mundo. Nos referimos a los recursos agrícolas y a aquellos de naturaleza energética.

Segundo. América Latina es una región que ha demostrado ser excepcionalmente proclive a las proyecciones de lo que pudiéramos denominar la revolución del conocimiento, proceso que sólo puede entenderse en el contexto de una evolución

histórico-cultural, y en la cual el factor educativo juega un papel decisivo. América Latina desde principios de la década de 1960 ha estado en una verdadera revolución educativa y, en general, de impacto en cuanto a la formación de nuevos recursos humanos. A diferencia de lo que ocurre en otros sectores, considerados igualmente importantes dentro de las estrategias de desarrollo, la tasa de expansión educativa supera aún las previsiones más optimistas del decenio anterior.

Por otra parte, tengamos presente que ya no se puede concebir la educación y, en general, lo que se ha denominado convencionalmente “formación de recursos humanos”, como un proceso mecánico e imitativo, a través del cual deseamos sólo preparar a nuestra gente para la denominada “lucha por la vida”, es decir, para tener éxitos en los actuales modelos prevalecientes como aspiración final, e impuestos por la sociedad de consumo. Es precisamente en este escenario donde América Latina tiene un gran desafío por delante. Definir y profundizar su identidad cultural e incorporar a nuestras juventudes a la vida social y colectiva más allá de un estrecho materialismo, cuyas negativas consecuencias las han ido experimentando tanto el mundo capitalista como el socialista. Es ésta la circunstancia que determina al presente el “gran tema” del escenario cultural, vale decir, el proceso por el cual el hombre es capaz de desarrollar una armónica convivencia con sus semejantes, con el medio natural y físico que lo rodea, con las tradiciones y experiencias del pasado y con sus concepciones filosóficas y religiosas. Hoy, más que nunca, es nuestro común trasfondo cultural el gran factor dinámico de la integración latinoamericana.

Tercero. América Latina, por las circunstancias ya señaladas, está en positivas condiciones para dar una respuesta a los desafíos científicos y tecnológicos contemporáneos, para encontrar la capacidad financiera interna y externa necesaria, en esta época de su evolución histórica y, finalmente, para ir ajustando sus instituciones, en todos los planos, a las nuevas necesidades de un mundo y de un continente llamados a un proceso de mayor aceleración. Precisamente, por estas circunstancias, es que las responsabilidades de nuestras comunidades académicas y artísticas, de nuestras comunidades económicas y financieras y de los hombres destinados a manejar los centros del poder político y administrativo, son de una gran trascendencia.

Cuarto. Como una consecuencia de los puntos anteriores, consideramos un proceso irreversible la tendencia a la participación de mayores grupos sociales, tanto en los sistemas económicos, como en sus expresiones políticas, institucionales y administrativas. Creemos que debemos rechazar la obsoleta concepción que nuestras grandes mayorías necesitan aún de largos años de capacitación. La revolución de los medios de información, y las nuevas modalidades de las técnicas contemporáneas, no admiten una concentración del poder en grupos limitados, que excluya en términos funcionales una presencia de las grandes mayorías. Es esa precisamente la gran fuerza de la democracia en nuestro continente, proceso para el cual hemos estado especialmente preparados, atendidos no sólo a nuestros ancestros histórico-culturales, sino que a las luchas permanentes que se inician con nuestro propio proceso de independencia.

Quinto. América Latina está adquiriendo con gran rapidez nuevas dimensiones internacionales. Recordemos la trascendencia que ha tenido para nuestro continente el denominado “Nuevo Caribe”, es decir, aquellas antiguas posesiones europeas, que hoy en día, gozando de independencia política, se han acercado a nuestra tradicional familia de naciones, aportando una rica experiencia político-administrativa, y también de carácter racial. El “Nuevo Caribe” abre para América Latina muchas nuevas perspectivas; recíprocamente, los países que forman parte del mismo han entendido, pese a aspectos diferenciados de su evolución histórica, que los factores de convergencia con el resto del hemisferio son muy superiores a aquellos que aparentemente pudieran hacernos divergir. Recordemos nuevamente a Germán Arciniegas, cuando en su libro *Biografía del Caribe* plantea la realidad caribeña como una sola gran matriz histórica, particularmente entre los siglos XVI y XVIII.

También en el cuadro hemisférico se observa una nueva dimensión si se considera la influencia de la minoría hispanoparlante en los Estados Unidos. Sabido es que estos grupos están siendo decisivos en las definiciones electorales, tan importantes para la democracia de los Estados Unidos.

El Tercer Mundo, a pesar de las diferencias de intensidad de los desarrollos observables frente a otras regiones, sigue siendo un escenario vital para nuestra América Latina. De más está recordar la presencia de África en nuestro continente, y la prioridad que las nuevas naciones de este continente le están dando a las

relaciones con muchas de nuestras naciones. El mundo árabe también es una parte consustancial de nuestro trasfondo, iniciado con la absorción de la cultura arábiga a través de la colonización ibérica, y seguido con las inmigraciones más recientes. Algunos países de América Latina tienen una vinculación muy importante a través de su situación petrolera con el Medio Oriente. También se han tratado de abrir las posibilidades de nuestros financiamientos a través de la absorción directa de recursos del mundo árabe.

Sexto. Existe un profundo desafío representado por Europa Occidental contemporánea. No olvidemos que nuestra Iberoamérica, histórica y culturalmente, ha estado profundamente ligada y vinculada al Viejo Continente. En las dos últimas décadas nuestro propio proceso institucional de integración no podría ser entendido sin la proyección que el Tratado de Roma, que crea la Comunidad Europea, tuviera sobre nuestros países. Estamos ciertos que los próximos pasos de la unidad europea seguirán reflejándose estrechamente en el continente, particularmente la unificación monetaria y la elección directa de un Parlamento Europeo.

Las reflexiones anteriores nos hacen por eso concluir que, para Iberoamérica, es fundamental la incorporación de España y de Portugal a las Comunidades Económicas Europeas, no sólo por la estrecha asociación que tenemos con esas dos naciones, decisivas en nuestra gestación histórica, sino que también por el inevitable cambio que se producirá en muchos aspectos de la convivencia de la Europa Occidental. El significado para el futuro de estas naciones de su incorporación a las Comunidades Económicas Europeas ha sido materia de un vasto análisis y debate; en lo que a América Latina se refiere, estamos ciertos que, perteneciendo nosotros a la Comunidad Ibérica, la presencia española y portuguesa en Bruselas significará una nueva dimensión y vinculación con la Europa Occidental, considerada como un todo.

Séptimo. Tal como lo hemos planteado anteriormente, existe una profunda y permanente convergencia histórica entre América Latina y la Península Ibérica, lo que hace superar total y rápidamente el enfrentamiento propio de los años del proceso de Independencia. Nadie mejor que Ortega y Gasset para haber definido esta situación: “La liberación no es sino la manifestación más externa y última de

esa inicial disociación y separatismo; tanto que, precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso de cambiar de dirección. Desde entonces –y cualesquiera sean las superficiales apariencias y verbalismos convencionales– la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, *en dirección convergente*, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo, cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harta más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”³.

Al presente los países de nuestro continente participan de las mismas limitaciones y de los mismos factores positivos para hacer posible consolidar sociedades donde se tienda a un indispensable equilibrio entre un crecimiento económico adecuado, un bienestar social extendido, una participación política amplia basada en la libertad y la dignidad humana, una afirmación de valores culturales que le dan un verdadero sentido a la vida individual y colectiva. Es por eso que en las nuevas fronteras latinoamericanas tiene un rol trascendente el profundo reencuentro histórico del Mundo Ibérico en su conjunto. Las aspiraciones hacia una mayor integración de los pueblos del Nuevo Continente se extienden, natural y orgánicamente, hacia fórmulas institucionales y de acción en que participan España y Portugal.

³ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Pueblo Joven*, pág. 50, EMECÉ Editores, Buenos Aires, 1958.

REFLEXIONES CULTURALES LATINOAMERICANAS

IDENTIDAD LATINOAMERICANA

Las corrientes históricas hacia un “mundo globalizado” a que hemos hecho referencia en los capítulos anteriores, hacen necesario definir una “identidad cultural latinoamericana”. Muchos de los ensayos filosóficos, históricos o sociológicos acerca de América Latina como un todo, cuestionan una concepción globalizante del hemisferio y llegan, incluso, en algunos casos, a negar la existencia de una América Latina como sujeto de una realidad propia y de permanente vigencia. Sin embargo, más allá de las elaboradas diferenciaciones y definiciones que llevan a esta controversia, es un hecho que América Latina tiene una presencia histórica, económico-política y cultural en el mundo contemporáneo, que tiende progresivamente a afirmarse, y que esta realidad es la expresión de un “ser” latinoamericano.

Se podrá cuestionar el aserto anterior argumentando la aparente incapacidad de nuestras naciones para mantener en forma sostenida y progresiva su marcha hacia niveles superiores de integración nacional de toda índole. Puede subrayarse también que nuestros vínculos de “dependencia” de los centros hegemónicos en el concierto internacional tienden a afanzarse. Y más aún, que la “dicotomía” entre lo hispánico y lo lusitano no sólo está aún lejos de ser superada, sino que, especialmente, a juicio de muchos pesimistas, sus posibilidades de convergencia son más débiles hoy que ayer.

Estos juicios pertenecen al trasfondo de lo que pudiéramos denominar “nuestra leyenda negra”, sombra permanente con que siempre se ha tratado de rodear a

nuestro continente. En algunos casos esa leyenda ha emanado de países política y económicamente más avanzados. En otros, sin embargo, han sido los propios intelectuales y dirigentes latinoamericanos quienes, con cierto “masoquismo”, acentúan preferentemente nuestras intrínsecas debilidades. Esta última crítica deformante es, sin duda, la más peligrosa. En los centros industrialmente más avanzados, con motivo de haberse creado una mayor sensibilidad frente a la emergencia del denominado Tercer Mundo, el rol de América Latina tiende a ser más valorizado. Ha sido nuestra experiencia personal, desde la perspectiva del desarrollo económico, que en los últimos quince años la importancia de América Latina en su conjunto, y también en la individualidad de sus naciones, tiende a tomar cada vez más fuerza.

Este reconocimiento de la mayor gravitación de nuestro continente tiende a manifestarse también por parte de otras regiones del Tercer Mundo. La circunstancia de haber intentado procesos de afirmación nacional desde hace más de 150 años, recorriendo caminos que otros pueblos sólo han comenzado a seguir en las últimas décadas, constituye un elemento que podríamos sumar a nuestro “haber”, en una coyuntura histórica donde se está buscando “un nuevo orden internacional”.

El “ser” latinoamericano tiene una connotación propia a través de su intrínseca fuerza hacia una integración cultural permanente, que se manifiesta desde el momento mismo en que los navegantes ibéricos desembarcaron en el Nuevo Continente. Desde el siglo XVI en adelante se ha producido en términos masivos y constantes –y por qué no decir generosos– un proceso sostenido de fusión de los valores culturales de distintos orígenes étnicos, entre grupos humanos provenientes de estadios históricos en muy diverso grado de evolución.

La verdadera definición de América Latina es haber sido el activo crisol de la absorción cultural recíproca de lo ibérico, lo indígena y lo africano durante los tres últimos siglos. Aunque aparentemente los españoles y portugueses pudieron haber determinado o definido en forma tangible la fisonomía de esta fusión, de hecho la gravitación autóctona tuvo una fuerza tan determinante que llegó a influir sobre el modelo europeo, proyectándose una forma cultural “indiana” sobre la península. Esta realidad, prevaleciente entre los siglos XVI y XVIII, se enriquece con los nuevos flujos inmigratorios europeos incorporados al continente a lo largo del

siglo XIX y en el presente siglo. Es interesante constatar que estas nuevas migraciones siguen, por regla general, la tendencia histórica de una asimilación fluida y no discriminada. Es decir, la aparición de “minorías raciales” que se constituyen en grupos diferenciados y aun en núcleos de poder —como ha sido el caso en los Estados Unidos— no corresponde a la experiencia latinoamericana.

El término “latinoamericano” se emplea frecuentemente para definir una categoría de desarrollo económico y social más atrasada que la “anglosajona”. Sin embargo, aun cuando esta diferenciación es válida, desde un punto de vista “semántico”, lo latinoamericano expresa de hecho una gran convergencia de pueblos que presentan una problemática común. El “ser” latinoamericano es básicamente un proceso histórico-cultural pasado, presente y futuro. La permanente absorción e integración de culturas que se realiza en esta parte del mundo proyecta una imagen con sus características propias. Es el escenario cultural, de gran potencialidad y de mayor “sino” cosmopolita, donde emerge la realidad esencial latinoamericana. De ahí que para nuestras naciones se plantee, en forma cada vez más definida, la necesidad de políticas culturales que puedan accionar esa realidad.

Como lo hemos mencionado anteriormente, en las últimas décadas el “ser” latinoamericano tiende a proyectarse hacia otras extensiones geográficas. La separación de las regiones del Caribe inglés y holandés de sus antiguas metrópolis ha agregado un interesante escenario geográfico y cultural a un mundo que hasta entonces era predominantemente iberoamericano. El “nuevo” Caribe tiene profundas raíces históricas y étnicas comunes con los otros países latinoamericanos. Esto ayuda a explicar el porqué se ha producido en un plazo relativamente corto un trabajo multinacional conjunto a través de un entendimiento en torno a objetivos comunes. La creación de SELA en 1975 (Sistema Económico Latinoamericano), iniciativa en cuya realización las nuevas naciones del Caribe tuvieron importante participación, es una experiencia tangible del proceso que estamos destacando.

Las migraciones de los países latinoamericanos y caribeños hacia los Estados Unidos, por circunstancias históricas distintas y sujetas a realidades cambiantes, han tenido un profundo impacto en ese país en los últimos años. Los quince millones de mexicanos, cubanos, portorriqueños, caribeños en general, y, más recientemente, la migración de hombres y mujeres de países del sur del continente, han tendido

a formar una poderosa minoría racial y lingüística en la América sajona, cuyas proyecciones y trascendencia sólo ahora se están dejando sentir. Agreguemos que desde la revolución de los “claveles rojos”, de abril de 1974, hasta la fecha presente, el proceso de democratización y apertura, tanto en Portugal como en España, está creando un diálogo histórico-cultural de esas naciones con América Latina de insospechadas proyecciones. Hoy podemos hablar con más fundamento que nunca de la existencia de una “dimensión ibérica” para connotar intereses y problemas comunes entre las madres patrias y las naciones que ellas contribuyeron a dar nacimiento.

MODERNIZACIÓN Y PROGRESO

Por su grado de maduración histórica, América Latina ha experimentado, en el curso de los últimos 30 años, un profundo impacto de “modernización”. Es en este período, que se inicia con la segunda postguerra, cuando se definen con mayor claridad la naturaleza y características del subdesarrollo, lo que lleva a acuñar una problemática común que abarca a los países que no han alcanzado un grado de crecimiento económico y tecnológico avanzado bajo el concepto genérico del Tercer Mundo.

La preocupación generalizada de la comunidad internacional por superar esas condiciones de subdesarrollo ha hecho surgir teorías y políticas destinadas a acelerar su ritmo de crecimiento económico. Una positiva proyección de ese desafío está reflejada en la denominada “Primera Década para el Desarrollo de las Naciones Unidas”, que comprende el período de 1960 a 1970, y cuya aspiración ha sido lograr un incremento del producto nacional bruto de los países en vías de desarrollo del orden del 5% anual. En la orientación de esas políticas se enfatiza el componente de carácter social para alcanzar un desarrollo equilibrado. Como ya lo hemos señalado, este énfasis desarrollista es en gran parte una nueva versión del concepto filosófico del “progreso”, en boga a partir del siglo XVIII, y transformado en verdadera filosofía y religión por parte de los países occidentales en el siglo XIX.

América Latina puede, en la hora actual, mirar con satisfacción este mandato del “progreso”, en cuanto a las metas alcanzadas por un desarrollo orientado hacia el

crecimiento y la acumulación material. En el curso de una generación se ha operado en el continente un profundo y extendido proceso de cambio en las condiciones de la existencia diaria. Por otra parte, se presencia una duplicación de la población, lo que acarrea nuevas presiones sobre el sistema económico, político y social. Esa mayor población cuenta con un alto porcentaje de menores de 20 años, lo que a su turno crea nuevas realidades sociológicas y culturales. Paralelamente, se observa un extraordinario desarrollo urbano, en la mayoría de los casos, desgraciadamente, efectuado en términos desordenados e ineficientes. Sin embargo, desmintiendo a los agoreros de una catástrofe como producto de la explosión demográfica, las estadísticas señalan que, pese al crecimiento poblacional, el promedio del nivel de vida tiende a elevarse. Una parte sustantiva de las alteraciones materiales anotadas responde a mejores condiciones de la productividad en el sistema económico, como consecuencia de un proceso sostenido de industrialización y de mejoras y, en ciertos períodos, en las relaciones del intercambio exterior. A ello podemos agregar las más altas tasas de capitalización en lo interno y en lo externo, y el cambio de muchas de las viejas estructuras en función de estas nuevas fuerzas económico-sociales.

Este cuadro económico-social puede sorprendernos si consideramos los recursos naturales y humanos de América Latina, a la luz de una vocación de “progreso”, en el mejor sentido de la tradición occidental. Porque aun cuando América Latina sea por esencia el resultado de un mestizaje permanente, su respuesta ante los desafíos del mundo político-económico ha tenido siempre la connotación propia de la cultura occidental. En el período colonial los modelos de las metrópolis definen la estructura de la organización social de nuestros países en sus diversos aspectos. Lograda la emancipación, se tratan de adoptar los esquemas que se consideraban más avanzados en las sociedades europeas y en los Estados Unidos.

Decimos que “se tratan de adoptar”, porque es bien conocida la “dicotomía” permanente que se produce en el siglo XIX entre las aspiraciones culturales e intelectuales de una minoría selecta y las fuerzas regresivas que se expresan en muchos de estos pueblos en un caudillismo que determina una historia sangrienta y caótica. Ese caudillismo, sin embargo, aun cuando frustra las aspiraciones de los grupos intelectuales hacia un mayor nivel cultural, proyecta una concepción “progresista”

en lo material. No otra cosa representan en la historia latinoamericana los procesos de “modernización” realizados por Porfirio Díaz en México y Vicente Gómez en Venezuela. La apertura indiscriminada hacia el capital extranjero no refleja sólo un acto de dependencia de los centros económicos más avanzados, sino también la creencia de que nuestro atraso y “barbarie” podían ser superados bajo el alero de las sociedades industriales de la época.

América Latina tiende así a absorber las concepciones decimonónicas occidentales en todas sus proyecciones: en lo económico, en lo educativo, en lo castrense, en la creación artística. Nuestros países cuentan siempre con sectores proclives a las ideas políticas y culturales más avanzadas de las sociedades occidentales. En las primeras décadas del siglo XX esa característica se acentúa. Las transformaciones que siguen a la Primera Guerra Mundial y las nuevas realidades socioculturales de las sociedades más avanzadas tienen entre nosotros un reflejo directo.

EL CONFLICTO CULTURAL

Pareciera que el proceso que hemos recordado tiende a mantenerse y repetirse en los últimos 30 años. Sin embargo, los desarrollos de la última generación, por el proceso mismo de aceleración histórica a escala global, han creado un choque entre las realidades culturales decimonónicas que vivimos hasta ahora y los nuevos desafíos de una sociedad cuya prioridad es el crecimiento económico y los niveles de consumo.

El conflicto entre esa realidad histórico-cultural y las nuevas motivaciones y fuerzas que emergen de la denominada “sociedad de consumo” es bien conocido en todo el Tercer Mundo, y constituye una de las preocupaciones internacionales más serias. Conservar la “identidad cultural” de los pueblos nuevos se ha transformado en un *slogan* tal vez muchas veces no bien elaborado y definido, pero que expresa el malestar y desajuste propios de una alienación cultural. Es interesante constatar que este hecho ha golpeado más la sensibilidad del hombre latinoamericano que otras situaciones que pudiéramos considerar deformantes dentro de nuestra coexistencia diaria.

El conflicto se agudiza con la revolución, de alcance universal, en los medios

de comunicación. El empleo masivo de la radio y de la televisión ha producido un escenario cultural nuevo que, aunque con características distintas entre los diversos países y regiones latinoamericanos, ha creado un proceso de cambio muy similar.

Un parlamentario brasileño reflejaba esta preocupación proponiendo una cruzada nacional, indispensable “para la salvación de la cultura brasileña que ahora sufre amenazas por todos lados”, preguntándose “¿qué país es éste que ha llegado a olvidarse de sus héroes, substituyéndolos por ridículos mitos importados como los *cow-boys* del oeste norteamericano, cuya leyenda todos sabemos que es fruto de la imaginación cinematográfica? ¿Qué país es éste que no puede transmitir a las generaciones que llegan ejemplos de hombres simples de nuestro pueblo? Tenemos que salvar lo que resta de la cultura brasileña. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de amanecer siendo otra nación, en la cual el sentimiento brasileño será apenas una referencia histórica”⁴.

Esta es una preocupación generalizada en la América Latina contemporánea: tememos a la “alienación cultural”. Sin embargo, por regla general, nos vemos sin otras alternativas u opciones frente a realidades de carácter irreversible, como es el caso de la revolución de los medios audiovisuales. La formación creciente de una opinión y una conciencia de que “algo hay que hacer para evitar la pérdida de nuestra identidad es el mejor sustrato para alimentar las perspectivas de políticas culturales que hasta ahora, o han sido inexistentes, o bien, se han orientado en función de una realidad que terminó con la Segunda Guerra Mundial.

FORMAS DE UNA ALIENACIÓN CULTURAL

El proceso de “alienación” cultural latinoamericana es, sin embargo, más profundo que las tangibles erosiones experimentadas por el impacto de los sistemas de vida de los Estados Unidos y de Europa Occidental. Tal como hemos señalado, la influencia más determinante en este proceso se produce a través de la presentación de creaciones foráneas en la televisión, en el cine, la música, sistemas de anuncios y propagandas, etc. (*mass media*). Menos aparentes, pero de igual o mayor trascendencia, son las siguientes realidades que sociólogos y culturólogos latinoamericanos suelen destacar:

⁴ *Jornal do Brasil*, 28 diciembre 1976.

- Las técnicas que determinan la producción, circulación y consumo de bienes y servicios constituyen un reflejo cada día más acentuado de lo que acontece en las sociedades técnica e industrialmente más avanzadas. Mucho se ha discutido acerca de la necesidad de contar con “técnicas intermedias”, gestadas y desarrolladas en función de nuestras “propias” necesidades. Sin embargo, la verdad es que ese planteamiento –sin duda de toda validez– no ha pasado de ser una expresión de buenos deseos, ya que en el hecho la evolución económica y tecnológica se realiza en base a la absorción creciente del *know how* externo. Esto implica que las perspectivas de un mejoramiento cuantitativo o cualitativo de nuestras actividades dependan estrechamente del exterior.

- El hecho de que el sistema productivo y consuntivo esté influido grandemente por una ciencia y tecnología externas determina que lo que genéricamente pudiéramos definir como la “formación de recursos humanos”, particularmente el sistema educativo en sus variadas formas, esté también influido fuertemente por modelos externos. Si las posibilidades hacia el “desarrollo modernizante”, de acuerdo con el criterio prevaleciente, están dadas en los estilos económicos y técnicos de las sociedades avanzadas, es consecuente tratar de adoptar aquellos valores que determinan esos estímulos.

Las reformas educacionales están a la orden del día en América Latina. Ellas se inspiran cada vez más en las respuestas que dan los países industrializados a la interrogante de cómo adaptar en mejor forma el régimen educativo a las necesidades del mercado del trabajo. Es en el campo de la educación universitaria donde este proceso de “traslado institucional” se hace más evidente. La adaptación se produce no sólo en las denominadas ciencias naturales o exactas, sino también en las ciencias sociales y humanas; esto último contribuye a debilitar el conocimiento y vivencia de nuestros propios valores.

A lo anterior hay que agregar también la tendencia natural de los futuros expertos profesionales por lograr niveles más elevados en su formación mediante estudios en el extranjero, para lo cual las posibilidades de becas y otras formas de asistencia son importantes factores. Las nuevas generaciones latinoamericanas consideran cada vez más que esta nueva “inmersión” formativa en sociedades tecnológicamente más avanzadas les proveerá de mayores antecedentes y conoci-

mientos frente a un “mercado competitivo” por recursos humanos. No constituye, pues, la tendencia al estudio en el exterior, por regla general, una aspiración a un perfeccionamiento intrínseco, sino fundamentalmente un medio de tener mejores herramientas para enfrentar el nuevo tipo de sociedad modernizante que está emergiendo en América Latina. Estas circunstancias son las que ayudan a entender mejor la “fuga de talentos”: hay un alto porcentaje de jóvenes latinoamericanos para los cuales el contorno material y cultural de su propio país es sólo una “mala copia” de la sociedad avanzada, particularmente de los Estados Unidos. Si se les dan las circunstancias para realizar su vida en lo que para ellos es el ideal de sociedad, ¿por qué continuar en un camino que disminuye sus propias perspectivas individuales?

- Lo que hemos anotado en relación a la economía y la educación se expresa en forma generalizada en otras manifestaciones de la vida social: en la creación institucional y administrativa, en las diversas formas que adopta la vida política y en el régimen de vida familiar.

AFIRMACIÓN CULTURAL LATINOAMERICANA

- Diálogo Cultural

Al señalar en los párrafos anteriores estas nuevas facetas de la realidad cultural latinoamericana no lo hacemos en función de criterios críticos o de una escala de valores preestablecida, sino como el testimonio de situaciones que limitan la capacidad propia y autónoma de expresión. Tampoco pretendemos plantear la opción de un “latinoamericanismo” excluyente y aislacionista. Ello sería ahistórico, en un continente cuya esencia misma está constituida por la absorción e integración de valores culturales de orígenes diversos, según lo hemos recordado en párrafos anteriores.

La proyección de un “estilo” occidental durante más de cuatro siglos, tiene, sin embargo, una característica que la diferencia de la situación actual. Anteriormente, las corrientes culturales se incorporaban en forma “orgánica” y “armónica” a nuestra realidad. Existía una presencia intelectual latinoamericana que, fortalecida

por esas corrientes, creó un pensamiento propio. Tal vez la mejor expresión de ese proceso, en el siglo XIX, fue Andrés Bello, y en la misma línea podemos colocar a los “grandes” del pensamiento latinoamericano de esa misma época y de las primeras décadas del siglo XX. Distinta es la situación prevaleciente en la última generación. Salvo excepciones destacadas, particularmente en el campo literario y de las artes plásticas, se tiende a perder la afirmación de lo que nos es propio. Surgen decenas, centenas y miles de especialistas que de hecho forman parte de una realidad cultural externa.

La razón de esta incapacidad de expresión de nuestro “ser” se debe tal vez a la “globalización” acelerada de los grandes desafíos de la época contemporánea, y a la debilidad de América Latina de proyectar una personalidad propia frente a una “civilización planetaria”.

Sin embargo, dada la naturaleza intrínseca del fenómeno cultural, estamos aún en condiciones de expresar una identidad colectiva. El futuro de América Latina, en sus relaciones de toda índole con las demás regiones del mundo, depende precisamente de esa posibilidad de autoafirmación. Es decir, que en función de esa perspectiva está trazado el camino del continente, que lo podría llevar a la formación de modelos políticos, sociales y económicos que expresaran nuestra realidad autónoma, permitiéndonos así salir de la faja de los pueblos marginales y dependientes para proyectar y, lo que es más importante, poder actuar de acuerdo con nuestra personalidad específica.

Se podrá argumentar que lo anterior sólo es posible en cuanto haya fuerzas económicas y políticas tangibles que den sustento a esa realidad. Es evidente que si América Latina pudiera terminar la “tarea inconclusa” de su unificación, sería “centro de poder” en términos convencionales. Pero aún con obstáculos por superar en el contorno económico-político, se puede y se debe afirmar una realidad cultural propia. En las actuales circunstancias, la tarea no parece imposible. En los últimos 15 años, América Latina ha aprendido a conocerse a sí misma, y las naciones que la integran tienen una mayor conciencia recíproca de su pasado y destino común. Ha existido una fuerza unificadora cuyo ritmo ha sido más acentuado que los pasos dados a través de la creación de mecanismos *ad hoc* para integrarnos. El mismo proceso de “modernización”, técnico, científico, económico, educativo e

institucional que se produce en todos los ámbitos de la región, ha favorecido el acercamiento de los actores de este nuevo desarrollo histórico. El balance de los resultados de acciones conjuntas de países, grupos, instituciones e individuos que han traspasado las fronteras no ha sido apreciado ni expresado en su verdadera trascendencia.

Aun cuando en su evolución cultural reciente América Latina está pagando el precio de deformaciones y aberraciones, se ha abierto, por otra parte, un escenario cultural que podría llevar a una integración profunda de nuestros pueblos, en términos desconocidos en otros períodos históricos con menores posibilidades de comunicación. Es por eso que en el campo del “accionar cultural” deben reorientarse las preocupaciones estrictamente nacionales hacia expresiones subregionales y regionales. Las políticas culturales de los países latinoamericanos deberán contar con un importante ingrediente “multinacional” si desean dar una respuesta efectiva a las tareas y desafíos que se proponen.

- Sociedad de consumo

Los procesos históricos tienden a generar sus propias reacciones. Hemos recordado ya que en América Latina ha ido imponiéndose un “estilo de vida” nuevo, como consecuencia del rápido crecimiento económico observable en la última generación.

No podemos extrañarnos que un “economicismo” y un “tecnicismo” al cual no habíamos estado acostumbrados, y que en gran parte ha sido absorbido desde fuera, produzca también una insatisfacción en los individuos de una sociedad que, creyéndose destinada originalmente a realizar sus propias aspiraciones, ve surgir en la práctica factores ajenos que le crean deformaciones y nuevos problemas. El predominio incontrolable de ansias de fáciles ganancias, expresado en una especie de “darwinismo” en la lucha por la vida diaria, no había sido presenciado antes por el latinoamericano y a muchos hace reflexionar acerca de la validez del modelo que se nos ha impuesto. Los “efectos demostrativos” del lujo, de la popularidad fácil y susceptible a comprarse en función de la publicidad, la erosión en los vínculos familiares, etc., nos hace meditar acerca de los méritos y ventajas de un “desarrollismo” ciegamente aplicado.

Por otra parte, el latinoamericano no encuentra la respuesta ideal en los niveles alcanzados por las sociedades más avanzadas. La información internacional proyecta día a día los serios problemas de la ecología, de la criminalidad, de la lucha generacional y la insatisfacción extendida entre el hombre medio de ese mundo que nos habíamos impuesto como modelo digno de imitar. Y lo que es más grave, ya no sólo nos cabe observar en el exterior esos subproductos del progreso, sino que estamos ya sufriendo sus efectos deformantes. Efectivamente, en América Latina ya existe alarma por el proceso de destrucción y erosión del medio ambiente, creado por el desarrollo, y muchas de nuestras ciudades se han transformado en centros urbanos caóticos, inhóspitos e inseguros, donde la vida del hombre ha dejado de ser un agrado.

Nada hay de extraño que en contacto con esta nueva realidad el hombre latinoamericano añore las circunstancias de mayor equilibrio y de menor presión social que conociera en períodos anteriores. Es cierto que existe un alto porcentaje de nuestra población que por su juventud no ha conocido otro estilo del devenir colectivo; sin embargo, los problemas emocionales y el desajuste de esas nuevas generaciones ayudan también a crear un serio interrogante a las formas de vida que hemos tratado de implantar en estas últimas décadas.

Se crea así un ambiente propicio para analizar y valorizar elementos “culturales”, representados por el encuentro equilibrado del hombre con su propio ser, con sus semejantes, con el pasado y con las perspectivas futuras de la sociedad que está destinado a vivir. Es por esta razón que en América Latina, tal como en otras partes del Tercer Mundo, hay una especial receptividad al concepto del encuentro o reencuentro de una “identidad cultural”. Este concepto, que no ha sido objeto de definiciones más detalladas, surge como una respuesta intuitiva para alcanzar un equilibrio subjetivo y colectivo que las sociedades de consumo parecieran negar. Son especialmente los pueblos del Tercer Mundo quienes conservan la memoria de épocas para ellos más armónicas y auténticas donde la “identidad cultural” tiende a hacerse idea fuerza.

- *Expresiones culturales autóctonas*

En el caso de América Latina, tal como en otras colectividades que han experimentado deformaciones de su “ser” cultural como consecuencia de las alteraciones en el contexto económico-tecnológico, se está manifestando una tendencia al encuentro de aquellos valores que se consideran autóctonos y que definen históricamente la personalidad de un pueblo. Esta tendencia puede revestir múltiples formas y puede ser espontánea o dirigida.

Entre esas modalidades presenciamos una nueva vigencia en el estudio de la historia patria o de las biografías de individuos destacados, y el interés intensificado por expresiones de la creación artística de períodos pasados, particularmente la danza, las canciones populares, las expresiones de la arquitectura, de la escultura y de la pintura. Observamos en muchos países un inspirado redescubrimiento de expresiones culturales que habían sido objeto de olvido por largos períodos o que, estando presentes, no se les atribuía mayor valor.

En el mismo orden de ideas subrayamos la importancia que están tomando las expresiones folklóricas en muchos países. América Latina se acostumbró, durante la época de la influencia europea en nuestra cultura, a considerar las expresiones indígenas, de los sectores rurales o bien aquellas de sectores marginales, como productos empíricos y primitivos, sin mayor valor intrínseco, llegándose en algunos casos a ignorarlas o soterrarlas para no aparecer como manifestaciones de pueblos “poco civilizados”.

A veces, estos procesos de revivencia de lo autóctono han sido de carácter espontáneo, frecuentemente por la vuelta a estilos más sencillos y auténticos como reacción a etapas imitativas de expresiones culturales foráneas más elaboradas. Sin embargo, ha surgido también una conciencia clara de la necesidad de afirmar una identidad cultural, estimulada por centros de estudios e investigación universitarios, que han logrado promover y orientar la capacidad creadora hacia el reencuentro de los valores propios de la cultura nacional.

A manera de ejemplo, podríamos mencionar algunas experiencias tales como los grupos de danzas, que en muchas regiones de América Latina han efectuado una resurrección de bailes autóctonos, y, en otra línea más inmediata frente a la

realidad actual, la “música de protesta”, que surge del seno de la canción popular latinoamericana.

- *El artista latinoamericano*

Hemos enfocado más bien un contorno cultural latinoamericano de carácter genérico sin referirnos más específicamente a las formas individuales de la creación artística. Importante es recordar sus características, particularmente en la literatura, como asimismo en las artes plásticas, música y expresiones de la arquitectura en muchos países.

Si consideramos la función desempeñada por el “artista” latinoamericano, encontraremos en él una de las fuerzas más vigorosas para la afirmación de nuestra identidad cultural. En toda América Latina la historia de la cultura testimonia la presencia de creadores que fueron influidos conjuntamente por su medio y por ideas fuerzas que venían del exterior. La personalidad del artista latinoamericano empieza a definirse en función de una mayor afirmación política de nuestros países a fines del siglo pasado, aun cuando es difícil generalizar sobre este proceso, ya que el ritmo de evolución de nuestros pueblos ha sido tan diverso.

Las guerras de la independencia, los largos años de anarquía y la inestabilidad política, frustraron las posibilidades de una mayor creación artística. Hay historiadores de la cultura que sólo identifican una “personalidad artística latinoamericana” hacia el final del siglo XIX, con la aparición del denominado movimiento “modernista”. Toma, en tal sentido, especial relevancia la figura de Rubén Darío.

Existe una connotación permanente en el artista latinoamericano: su preocupación tangible por el medio social que lo rodea. La mayoría de nuestros artistas ha tenido una clara conciencia de su “misión social”. Particularmente en las últimas décadas, en que los desniveles y contradicciones de nuestras comunidades se hacen más evidentes, y en la medida en que se ha producido una mayor conciencia y mejor información sobre la situación de los sectores mayoritarios de nuestras poblaciones, la creación artística ha ido tomando más fuerza en sus definiciones y paralelamente adquiriendo una mayor influencia sobre el medio que le rodea.

Sin negar la importancia de todos los sectores de la creación artística, el proceso

anterior se refleja fundamentalmente en la literatura. Aún más, pudiéramos decir que su impacto alcanza no sólo a nuestras propias sociedades, sino que también ha logrado proyectar una imagen de América Latina hacia el mundo en general. Allí está la difusión y popularidad de nuestros grandes escritores y poetas contemporáneos, cuyas obras se han transformado en creaciones de trascendencia internacional.

No ha sido un acaso el reconocimiento cosmopolita de nuestros grandes escritores, a través de los galardones de Premio Nobel recibidos en las últimas décadas por Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda. La sensibilidad latinoamericana se siente interpretada en esta hora por sus grandes creadores artístico-literarios. Nuestras lenguas se han transformado así en ariete de un proceso que simultáneamente es de afirmación y de liberación. El eminente escritor mexicano Carlos Fuentes define bien esta situación cuando expresa: “Si los hispanoamericanos somos capaces de crear nuestro propio modelo de progreso, entonces nuestra lengua es el único vehículo de dar forma, de ponerse metas, de establecer prioridades, de elaborar críticas para un estilo determinado: de decir todo lo que no pueda decirse de otra manera. Creo que se escriben y se seguirán escribiendo novelas en Hispanoamérica para que, en el momento de ganar esa conciencia, contemos con las armas indispensables para beber el agua y comer los frutos de nuestra verdadera identidad. Entonces esas obras, esos pasos perdidos, esas rayuelas, esos cien años de soledad, esas casas verdes, esas señas de identidad, esos jardines de senderos que se bifurcan, esos laberintos de la soledad, esos cantos generales, aparecerán como ‘las mitologías sin nombre’”.

Indudablemente que la función del artista tiene un significado esencial en la búsqueda de una identidad cultural. El artista latinoamericano, que en el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX se nutre de la rica evolución cultural occidental, comienza a mirar en la última generación a la propia realidad de nuestro continente y se incorpora a ella, participando y descubriéndole sus auténticas características. La tradición de Rodó tal vez sea la mejor expresión del inicio de este proceso.

Nuestras políticas culturales deberán utilizar esta fuerza como un factor determinante para la preservación de la identidad que se quiere mantener en los pueblos. Sin embargo, obviamente, ellas no podrán definirse en función del artista como

ente aislado, sino considerando el conjunto de factores y elementos que determinan una realidad cultural. Su acción deberá estar orientada hacia el estímulo y promoción de individuos cuya creación aún no ha sido reconocida a niveles nacionales o mundiales, poniendo especial énfasis en evitar el “elitismo”, ya que su propósito no es favorecer exclusivamente a los sectores que en forma tradicional han sido los consumidores de los bienes de la cultura. Es decir, que las políticas culturales deberán enfocar el amplio escenario de la realidad cultural de un pueblo, donde el creador individual desempeña sin duda una función trascendente.

CUADERNOS DEL FORO VALPARAÍSO

CUADERNO 1

David Held, “Social Democracia Global”, marzo 2004.

CUADERNO 2

Anthony Giddens, “La agenda progresista”, junio 2004.

CUADERNO 3

Manuel Castells, “Estado, sociedad y cultura
en la globalización de América Latina,
con referencia a la especificidad chilena”, enero 2005.

CUADERNO 4

Raúl Allard, “Globalización, rol del Estado y relaciones internacionales
en el realismo de Robert Gilpin”, junio 2006.

CUADERNO 5

Gøsta Esping-Andersen, “Contra la herencia social”, junio 2007.

